

Esto no es una vana amplificación, dice Augusto Nicolás. Nada hay más real que esta libertad, que esta fuerza, que esta plenitud de vida y de autoridad, siempre renaciente en el alma del verdadero cristiano.

Súbdito de Cristo, ejércese sobre el mundo el poder que Cristo tiene.

Cristo lo ha dicho: "He aquí, decía á sus Apóstoles, que os he dado el poder de marchar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y sobre toda virtud del enemigo y nada os dañará."

Así es que, aun en el orden de la naturaleza, Cristo es el medio de que la creación alcanza su fin.

De esta manera el hombre es dueño de los bienes creados, de los bienes sensibles.

Pero no son sólo del hombre los bienes presentes, son también los bienes futuros. *omnia vestra sunt*, decía San Pablo, *sive presentia, sive futura*.

Cristo nos asegura también esos bienes futuros, los bienes de la otra vida.

No tenemos derecho á ellos ni por naturaleza, ni, sobre todo, por la condición de desgracia á que nos redujo la rebelión de nuestro primer padre.

Este bien, perdido en Adán, nos lo reconquista

Cristo. Cristo es, en consecuencia, el medio por el que la creación, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, alcanza su fin, que es la gloria de Dios.

EL PLAN DIVINO DE LA ENCARNACIÓN.

Dios ha hecho la creación para El mismo, para Cristo y para los escogidos.

Ya hemos manifestado como, en el plan de la creación, entra Cristo para realizar los tres fines que su autor se propuso al llamarla á la vida.

Así es que, la Encarnación del Verbo tenía que realizarse para que la creación llenara esos tres fines.

Podía, pues, decirse que la razón de la encarnación está en la creación del Mundo, en la creación del Universo.

La Escritura, sin embargo, expresa que la Encarnación no tiene más motivo que salvar al hombre, *Venit filius hominis querere et salvum facere quod perierat*.

O lo que es lo mismo, la Encarnación sólo tuvo

por mira levantar á la naturaleza humana caída por el pecado.

No puede ponerse en duda que la caída se relaciona con la Encarnación; pero no sólo con ella.

La frase de San Pablo lo pone de manifiesto con toda evidencia.

Es de fe que la Encarnación restaura al hombre, es decir, lo repara, lo levanta, lo saca del abismo en que lo sumergiera la culpa, en una palabra, lo rescata y lo redime.

Pero también es de fe que la Encarnación instaure al ángel y á todas las criaturas celestiales y terrestres; esta es la palabra de San Pablo: *instaurare omnia in Christo, quæ in cælis et quæ in terra sunt in ipso.*

La sangre que ha corrido sobre el Calvario ha refluído sobre toda la creación, ha pacificado, según la misma palabra de San Pablo, todas las cosas que están en el cielo y en la tierra: *pacificans per sanguinem ejus, sive quæ in cælis sive quæ in terris sunt.*

Esa sangre ha bañado no solamente á este mundo manchado con la culpa, sino á todos los mundos que ruedan en el espacio, al Universo que los contiene á todos como canta la Iglesia: *terra,*

pontus, astra, mundus, hoc lavantur flumine. Claro es, entonces, que la Encarnación no tenía por único objeto redimir á la humanidad.

En el cielo no había naturalezas caídas, y sin embargo, la sangre derramada en la cruz pacificó á los moradores de aquellas regiones siempre llenas de paz.

Tal es la enseñanza de San Pablo: tal es, en consecuencia, la enseñanza divina.

La razón misma persuade de que la Encarnación no tuvo por objeto exclusivo redimir al hombre.

La Encarnación no solamente levanta al hombre, también lo eleva.

Si no hiciera más que levantarle, más que rescatarse, le dejaría en el mismo estado en que se hallaba antes de su caída.

La Encarnación, sin embargo, no se limita á levantar al que estaba caído: lo eleva más alto del punto en que estaba antes de haber cometido la primera culpa: lo eleva en Jesucristo á la filiación divina.

De manera que la Encarnación, en el hombre culpable, produce dos movimientos distintos: uno que lo levanta de la condenación, otro que lo eleva á la adopción y á la gloria.

Como estos dos movimientos son continuos, y se realizan por el mismo acto, suele nuestra inteligencia confundirlos.

Pero en realidad, son perfectamente distintos.

El uno, el que nos levanta, nos es particular á los hombres, que éramos los caídos: el otro, el que nos eleva, nos es común con las otras criaturas, que conservaron su integridad.

Entre ellas y nosotros, estos dos movimientos se distinguen visiblemente: ellas son elevadas sin ser levantadas.

En nosotros se confunden, porque participamos á la vez de su destino, como criaturas, y del nuestro, como pecadores.

Como pecadores, somos rescatados solos; como criaturas, quedamos asociados al fin universal de la creación.

Hay otra razón.

Si la Encarnación no tuviese otro motivo que rescatarnos del pecado original, no tendría otro efecto.

Tiene, sin duda, otro efecto, porque no solo rescata, sino que divinisa al hombre.

O este efecto último, quedaría sin causa, ó es preciso admitir, que si ese efecto produce la En-

carnación, responde á dos motivos ó dos razones: instauro á las criaturas, según la frase de San Pablo, y restaura á los pecadores.

Si la Encarnación ha tenido por objeto primario rescatar al hombre, no se ha detenido en ese objeto: ella nos glorifica, y en esto, su efecto se hace sentir en nosotros y en los ángeles, así como en los escogidos, los cuales en el designio de Dios, tienen necesidad de Cristo, para ser santificados y salvados, como nosotros tenemos necesidad de El para ser redimidos.

Una palabra de San Bernardo sintetiza esta idea: "El mismo Cristo, dice, que ha levantado al hombre caído, ha detenido al ángel para que no caiga: sacando al primero del cautiverio, evita el cautiverio del segundo: al uno lo desata, al otro lo defiende: y de esta manera, para uno y otro es igual la redención."

Si no podemos penetrar el pensamiento divino para investigar cual fué el propósito de Dios, al decretar la Encarnación, podemos conocer lo que Dios quiso por lo que ha hecho, una vez que Dios no hace más que lo que quiere.

El hecho es que Dios ha querido que todo se refiera á Cristo, como fin universal de todos los

seres: ha querido, entonces, que todo fuese creado originariamente, con la mira de ese fin.

El hecho es, que la Encarnación redime y eleva; redime al hombre, levanta á todos los seres.

Es, entonces, evidente que la Encarnación no tiene por única mira, la redención humana: tiene también, por objeto, la filiación divina del hombre, la glorificación de todos los seres, y por esta causa, la gloria Dios.

La Encarnación, como dijimos en el artículo que precede, tiene dos objetos: la redención humana y la glorificación de todos los seres.

Es admirable la economía de Dios, al concebir este plan que así realiza tan grandes maravillas.

Se presenta, sin embargo, una dificultad:

Ese plan, como concebido por Dios, tiene que ser de perfección incomparable.

Sin embargo, está relacionado necesariamente con la culpa.

La sabiduría divina, no tiene las miradas tímidas, inciertas, vagas y confusas, de nuestras inteligencias limitadas.

Conoce, de antemano, todos los pormenores de sus obras.

Suponer que toma en un decreto cualquiera, sus precauciones, contra un acontecimiento que puede venir y sorprender su gobierno, ó bien que ella modifica sus designios para desviar accidentes que sobrevienen, es rebajarla á nuestra talla y prestarle nuestras flaquezas y debilidades.

Así es que, siendo como es, la sabiduría increada, todo lo tiene previsto, cuando decide alguna cosa.

Sus planes son, digamos así, de un solo golpe y los instantes de razón, que imaginamos para analizarlos, no son más que ficciones de nuestras débiles inteligencias.

En consecuencia, se comprende bien que previó la caída del hombre, al crear el mundo; ó más bien, no se comprendería que no la hubiese previsto.

¿Pero, puede comprenderse, que al concebir la creación, haya permitido la caída?

¿Puede concebirse, que la haya permitido como ocasión determinante de todo el plan de la creación?

¿Puede concebirse, que el plan general de Dios,

ganase, por explicarnos así, con la caída; es decir, que fuera más perfecto con la caída del hombre que sin ella?

¿Puede concebirse, que la caída, que es un mal, haya podido aprovechar á la perfección del plan de Dios?

He aquí la dificultad.

La grandeza del plan divino, no disminuye por la aparición del mal, cuyo oprobio refluye sobre el Verbo hecho carne.

“Al contrario, dice el P. Monsabré, sin cambiar nada de las sublimes intenciones que hasta aquí hemos podido admirar, el plan divino se ensancha abrazando, por decirlo así, todas las posibilidades: la manifestación de las perfecciones divinas, se hace más gloriosa y más completa, y el Hijo de Dios, hecho hombre, por estar más humillado, es mucho más hermoso”.

La unión del Verbo, con la naturaleza humana, quizá no manifestaba en todo su esplendor, las perfecciones divinas.

Algunas no habían hecho escuchar su voz; guardaban silencio.

En el plan de la Encarnación redentora, es al

contrario: nada calla, todo el ser divino canta á plena voz en el seno de la creación.

Su poder es más maravilloso, su sabiduría más profunda, su amor más magnífico.

Es una maravilla salvar, por la unión hipostática, la distancia que separa lo infinito de lo finito, el creador de la criatura.

Y ¿no es más maravilloso ir á buscar á la criatura, en las fronteras de la nada, en donde se ha sepultado por el pecado?

“No solamente, agrega el P. Monsabré, el abismo franqueado es el más profundo, sino que Dios nos muestra lo que habríamos ignorado en otra situación; á saber cómo es fuerte contra el mortal enemigo de su majestad infinita.”

Para combatirle, destruir su imperio y reparar, sobre un plan más grandioso, las ruinas que ese enemigo de Dios y del hombre, había amontonado, la omnipotencia divina lucha con imposibilidades de las cuales triunfa.

El Eterno nace, el inmutable crece en edad, el impasible sufre, el inmortal muere, la muerte destruye la muerte, la muerte engendra la vida.

“Decidme, se preguntaba San Hilario, si esta acumulación de tantas cosas, contra la naturale-

za y en la misma persona, no nos revela toda la extensión del poder divino.”

Y aquí se ve, cómo la culpa, hasta cierto punto, agranda el plan divino: hace que brille, con un resplandor que en otra situación no pudiéramos contemplar, toda la grandeza del poder de Dios.

La sabiduría de Dios es profunda cuando, sin mezclar la naturaleza creada á la increada, hace la unidad de todas las cosas en una sola subsistencia.

Más profunda es esa sabiduría en la encarnación reparadora: ella tiende á aproximar dos cosas enemigas, y á sacar de las entrañas mismas del mal la salud y la regeneración del mundo.

En el Redentor, que esa encarnación nos proporciona, se reúnen el ofensor y el ofendido.

Es Dios, como el Padre Eterno, de quien viene á apaciguar la cólera, y cordero pronto á la inmolación; carga los pecados del mundo: está de tal manera penetrado de la culpa, que el Apóstol, estupefacto, exclama: *Aquel que no era más que la inocencia, Dios lo ha hecho como un pecado viviente.*

Es, entonces, más asombrosa la sabiduría divina en la encarnación redentora, que lo fuera en

la encarnación, si la culpa no se hubiera cometido.

Es magnífico el amor que impulsa al soberano bien á darse en persona, después de haber inundado al mundo con sus larguezas: pero en Cristo, glorioso y dominador que vemos en los orígenes del mundo, guarda necesariamente, bienes que Cristo redentor sacrifica.

La encarnación, sin la culpa, nos presenta á Cristo encarnado, conservando su gloria y su vida.

La encarnación con la culpa, la encarnación redentora, nos presenta á Cristo sacrificando sus bienes, su gloria y su vida.

Para el Cristo redentor no hay fiestas en la naturaleza, no hay entusiasmo en la humanidad.

La pobreza en la cuna, la persecución y el destierro desde la infancia, la oscuridad y las privaciones, los sudores y las fatigas de la vida obrera, la ingratitud, el desprecio, el odio, la traición de los hombres, todo esto coronado por drama lúgubre y sangriento: la muerte sobre un patíbulo.

Cuando quiere ser magnífico hasta el exceso, el amor no calcula, el amor no razona, el amor zanja las dificultades, el amor pasa hasta sobre lo imposible.

Y este es el amor de Dios en la encarnación reparadora.

“El exceso de su magnificencia, dice el Padre Monsabré, va hasta este punto, hasta dar los bienes de que es tan pródigo, no sólo á sus amigos, lo que sería muy grande, sino aun á sus enemigos, lo que es inmenso: *magnum est magna dare amicis et proximis; nimis inimicis.*”

Ya se ve, entonces, cómo la introducción del Verbo Redentor en el plan de la Encarnación, nos da un acrecentamiento en la manifestación de las perfecciones divinas.

El poder, la sabiduría y el amor, tres de los atributos divinos que Dios se proponía manifestar en la creación del Universo, se manifiestan más grandes, más magníficos y más sublimes en la Encarnación reparadora.

Cristo, encarnado para redimir á la humanidad, hace ver con más claridad el alcance de su poder, lo profundo de su sabiduría y el exceso casi incomprensible de su amor.

He aquí por qué en el plan divino entró la culpa.

Pero hay algo más todavía.

Sin la culpa, y de consiguiente sin la Encarnación reparadora, no habríamos podido contemplar en toda su magnificencia, algunas otras perfecciones divinas.

“Dos perfecciones, dice el P. Monsabré, que apenas nos hubieran sido conocidas en una creación inmaculada, presidida por el Verbo Encarnado, vienen en una creación manchada por la culpa, á unirse al coro del poder, de la sabiduría y del amor: estas son la misericordia y la justicia.”

La misericordia consiste en compartir la miseria ajena, entristecerse de ella y alejarla de quien la sufre.

Dios, en su inalterable naturaleza, no puede entristecerse: lo único que puede hacer es alejar la miseria.

“No compete á Dios, dice Santo Tomás, entristecerse por la miseria de otro; pero sí le compete, y de un modo principal, alejar, repeler, la miseria de aquél que es víctima de ella.”

Y por miseria, como el mismo santo Doctor lo enseña, se entiende cualquier defecto, cualquier sufrimiento, *ut per miseriam, quemcumque defectum intelligamus.*

Y sin embargo, lo más tierno de la misericordia, es sufrir por el que sufre.

“Compartir la miseria, dice el P. Monsabré, apropiarse la miseria, sufrir con el que sufre y lo que sufre, hacer entrar la miseria de los otros en nuestro propio corazón, hacer nuestro corazón miserable, como lo es otro corazón, para mostrarle cuánto se le ama, esta es la misericordia: *miserum cor, miseria cordis, misericordia.*”

Aquí es donde se ve, con toda claridad, cómo la Encarnación redentora hace brillar ese atributo tan dulce.

No pudiendo Dios, tener sufrimientos ni tristeza en su inmutable naturaleza, tomó la nuestra, se hizo semejante, como dice San Pablo, en todas las cosas, con sus hermanos, para hacerse misericordioso: *unde debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.*

Y, en efecto, en Cristo Redentor, en su alma y en su carne, resuenan todos nuestros dolores, con tanta fuerza, que llora, gime, sufre más que todos los hombres juntos, y se le puede llamar por esto, el Rey de la misericordia.

“Llora en su cuna, dice el P. Monsabré, llora en sus vigiliassolitarias, llora sobre la tumba de

un amigo, llora sobre la colina desde donde contempla en Jerusalén á la humanidad ingrata, llora en el jardín solitario, en el que nuestras miserias se le presentan, tan á lo vivo, que casi muere: es, verdaderamente, un varón de dolores, *virum dolorum.*”

El Cristo, Redentor, es la misericordia misma.

Pero no sólo se muestra la misericordia; también la justicia habla en el Verbo Redentor, con el mismo tono y sobre el mismo ritmo, que las otras perfecciones, según la hermosísima frase del P. Monsabré.

La justicia resplandecía, sin duda, en las obras de la creación.

La justicia consiste en la distribución correcta y adecuada de los dones que le corresponden á cada naturaleza.

Y el Creador de los mundos los había distribuido con peso y con medida, respondiendo á las exigencias de cada naturaleza creada.

Pero nuestros ojos, débiles y enfermizos, podrían considerar estos dones, no como la obra de la justicia, sino como la obra del amor que da y de la sabiduría que ordena.

Lo que mejor podría hacernos contemplar la

justicia, en toda su terrible grandeza, era el mal, el mal moral.

Propio es también, de la justicia, castigar, y los ojos humanos, mirando el castigo, es como comprenden la justicia.

Dios, por eso, en sus designios, que nadie puede sondear, previó y permitió el pecado.

Una vez cometido, la expiación era necesaria.

Todas las penas de la vida, el trabajo ingrato, las privaciones, las enfermedades, las decepciones, las angustias, los pesares, las torturas del alma y del cuerpo, forman un lúgubre cortejo que rodea, oprime, fatiga y agobia al pecador: esta es su expiación: así le castiga Dios: así hace manifestación de su justicia: pero no basta.

La justicia de Dios es infinita como su ser, y no puede quedar satisfecha, sino cuando el castigo iguale á la ofensa.

Y todos aquellos castigos están muy lejos de nivelarse con la ofensa.

No hay en el Universo una pena que iguale al pecado.

El pecado es de una grandeza inconcebible.

San Bernardo nos da algunas notas que nos hacen comprenderla.

“El pecado, dice este sabio Padre de la Iglesia, y causa horror decirlo, agrega, es que se ensaña contra el mismo autor del mundo.”

“La voluntad humana, en cuanto puede, quiere destruir á Dios.”

“Y quiere destruirlo, porque quiere ó que no venga sus pecados ó que no los conozca: es decir, quiere un Dios ignorante ó impotente.”

“Y quien desea un Dios ignorante ó impotente, desea que perezca su poder, su justicia y su sabiduría.”

“La majestad á quien ultraja el pecado, dice Santo Tomás, le da en cierto modo un carácter infinito, y de consiguiente, ninguna satisfacción finita puede compensar la ofensa.”

“¿Qué bien, en efecto, pregunta el P. Monsabré, podría sacrificar el pecador que fuera posible comparar con el bien infinito que ha despreciado?”

“¿Qué bien podrá sacrificar el pecador que Dios no tenga derecho de quitarle, para castigar su crimen antes que lo haya satisfecho?”

Y aun cuando se encontrara en la humanidad un inocente que quisiese responder por los culpables, ¿qué bien posee, del cual no deba ya el homenaje á su Creador?

Ninguna criatura puede rendir á Dios el honor que el pecado le quita.

“La inmensa hecatombe de la naturaleza entera, dice San Atanasio, no nos dará la medida de las exigencias de la majestad divina.”

Esta situación requería un medio que igualara el castigo con la ofensa.

El equilibrio de estas dos cosas, es el triunfo y la manifestación completa de la justicia.

El Verbo Encarnado da la solución.

El Verbo hecho carne, revestido de los harapos de nuestra naturaleza va á presentarse á su Padre y á ofrecerle bienes que está obligado á aceptar.

Y está obligado á aceptarlos, porque ningún reato pesa sobre ellos y porque el Hombre-Dios los penetra con mérito infinito.

El Verbo Redentor, que es Dios como el Dios ofendido, ofrece la satisfacción. El problema está resuelto: el castigo y la ofensa quedan nivelados.

Era, pues, necesaria la Encarnación reparadora.

“Es verdad, agrega el P. Monsabré, que una oración, una palabra, un suspiro, una lágrima, una mirada del Dios hecho hombre, habría bastado en rigor para satisfacer á la divinidad ofendida; pero, con tan pequeñas señales, nuestros limitados

y groseros entendimientos no habrían visto las profundidades infinitas de la justicia.”

Dios multiplica sobre el Verbo hecho hombre los oprobios y los sufrimientos; hace que corra la sangre hasta la muerte, la muerte infame de la cruz, á fin de que, iluminados por esas venganzas y hundidos en piadosa consternación ante el drama del Calvario, confesemos la grandeza del Ser Supremo diciendo, con voz conmovida: cuán grande es esta justicia que ha necesitado una víctima tan noble, tanta vergüenza, tan crueles tormentos.

He aquí un misterio adorable.

Dios que se irrita contra el pecado, es el Dios que tiene compasión del pecador; Dios que se precipita sobre el culpable, es el Dios que toma el lugar del pecador; Dios que hiere, es el Dios que sufre; Dios que castiga, es el Dios que merece y alcanza el perdón.

La justicia y la misericordia, como decía David, se han tendido la mano y se han abrazado en el corazón espirante del Verbo Redentor.

Ya se ve, entonces, como la Encarnación reparadora era necesaria para que resplandecieran en toda su luz dos perfecciones divinas, que sin la

culpa no se hubieran manifestado á nuestros ojos la justicia y la misericordia.

La aparición del mal en el mundo, lejos de amenguar la grandeza de las perfecciones divinas, hace que su manifestación sea más gloriosa y sea más completa.

El poder, la justicia y el amor, resplandecen con intensidad más grande: la misericordia y la justicia, que apenas nos hubieran sido conocidas en una creación inmaculada, se ostentan, la primera en toda su inefable ternura, y la segunda en toda su imponente severidad.

Alguien, sin embargo, pudiera creer que en la Encarnación reparadora, que es un misterio de sufrimientos y humillaciones, las perfecciones divinas, lejos de brillar con espléndida luz, han tenido que oscurecerse en el Hombre Dios, cubierto de oprobios.

No es así: el sol, aunque tienda su luz sobre pantanos lodosos y corrompidos, ni se nubla ni se mancha; el alma, aunque unida al cuerpo, jamás participa de la naturaleza de este vaso de barro quebradizo que la guarda.

Así es que, unida la divinidad á la carne humana, ni se contamina ni se mancha, ni se nubla ni cambia de ser.

Por otra parte, en todas las humillaciones de la humanidad de Cristo, se hace visible, siempre, el esplendor inmaculado de su ser divino.

Es concebido en la carne, pero lo es por obra y por virtud del Espíritu Santo; nace del seno de una mujer, pero esa mujer es una Virgen sin mancha y queda Virgen después de su alumbramiento; descansa pobre en un pesebre, pero allí recibe la adoración de los Reyes; huye desterrado á Egipto, pero á su presencia caen y enmudecen los ídolos que allí se adoraban; vive en la indigencia, pero hace milagros que asombran al mundo; es aprehendido por los soldados en el Huerto, pero antes, con una sola palabra, los derriba en tierra; es crucificado, pero la tierra se estremece; muere, pero el sol se apaga; es encerrado en una tumba, pero de ella sale por virtud propia, glorioso y radiante.

No, y preciso es repetirlo, las humillaciones de Cristo jamás nublan los esplendores de su ser divino.

En la Encarnación reparadora, no sólo se osten-